

virtudes y la eficacia de su valimiento, llegar algún día á participar de su gloria en el reino de los cielos. Así sea.

## PANEGÍRICO DE LAS LLAGAS DE SAN FRANCISCO

(predicado en la iglesia de la Tercera, Bogotá, 1896).

### El Mártir del amor de Cristo.

Ego enim stigmata Domini Iesu in corpore  
meo porto.

Porque yo llevo en mi cuerpo las llagas de  
mi Señor Jesucristo.

Gal. 6, 17.

1. Cosa tan admirable y estupenda como la impresión de las sagradas Llagas del Redentor en el cuerpo de un hombre, no podía menos de excitar en la Iglesia la más viva admiración, y causar impresión profundísima en el corazón de la humanidad. De aquí el origen, bien justificado, de la fiesta que, por decreto de Paulo V, celebra en este día la universal Iglesia, simpatizando noblemente con la ilustre y venerable familia franciscana. Pues ¿quién no admirará tan rara maravilla de la diestra del Altísimo? ¿á quién no llenará de asombro, al par que de ternura, la sencilla cuanto sublime narración del prodigio del monte Alvernia, referida por el sabio y devotísimo San Buenaventura? ¿No parece la página del Doctor Seráfico en que nos pinta las visiones del Horeb franciscano, una página de las Sagradas Letras, escrita por el dedo de un ángel, según es el candor y la ardorosa piedad que respira? Vosotros, dilectísi-

mos oyentes, la sabéis de memoria, pues inmemorial es ya en este templo el culto de las llagas del Seráfico Patriarca; por eso excuso relatarla de nuevo. Por lo demás, el arte cristiano la ha puesto á la vista del mundo entero en magníficos lienzos, y vosotros habéis podido extasiaros en ellos millares de veces.

2. Reconocida como indubitable la autenticidad del suceso, así por el testimonio fidedigno de la historia, que no de la leyenda, como, y más todavía, por el peso de la autoridad pontificia que lo abona, mi atención se fija en lo que creo de mayor importancia para mí, para vosotros, para el género humano todo entero: es á saber, en la significación del prodigioso acontecimiento, y su alcance y trascendencia en la vida de la sociedad cristiana. ¿Qué significa, en efecto, hermanos míos, la impresión de las Llagas de Jesucristo en las manos, pies y costado del fidelísimo siervo y ministro de Dios, Francisco de Asís? ¿qué ha de significar sino el martirio del amor, la crucifixión de la carne en la cruz de la caridad? «Entendió — dice el citado San Buenaventura<sup>1</sup> — por aquella forma de serafín crucificado, que, no con martirios corporales, sino con los incendios del espíritu, debía él transformarse en imagen y semejanza de Cristo crucificado.» He aquí lo que hace del prodigio inaudito de los sagrados estigmas un título incomparable de gloria para el gran Santo á quien sólo faltaba este rasgo para quedar transformado en la *vera effigies* del Crucificado. He aquí lo que más poderosamente inclinó el ánimo del gran Pontífice Gregorio IX, como él mismo lo asegura<sup>2</sup>, á inscribirle, apenas muerto,

<sup>1</sup> *S. Bonav.* in *Legenda S. Franc.* cap. 13.

<sup>2</sup> *Greg. IX* bull. «*Seraphim volabant*».

en el catálogo de los santos. Mas, al propio tiempo que la estigmatización glorifica de singular manera á San Francisco, estimula vivamente el fervor del mundo «resfriado — dice la Iglesia — en el amor del Crucificado»<sup>1</sup>, siendo llama capaz de levantar incendios de amor en los fríos corazones humanos, helados por el soplo del egoísmo y la sensualidad. Tal parece haber sido el blanco que el mismo Salvador se propuso al renovar las heridas de su pasión en la carne del venturoso siervo suyo; y tal es la gracia que la Iglesia implora hoy del cielo para sus hijos, la de llevar constantemente la cruz y dar frutos de verdadera penitencia.

3. Para obtenerla, amados oyentes, y contribuir de esta suerte á la gloria de Dios en su siervo predilecto, vamos á contemplar brevemente ese martirio de la caridad en el bienaventurado Francisco, esos amorosos dolores y dolorosos amores en que anduvo nuestro Santo toda su vida desfallecido y enfermo grave de amor<sup>2</sup>. Y primero, antes de recibir la maravillosa impresión, como adecuada preparación para el soberano favor; y luego que lo hubo recibido, como efecto natural del mismo. Imploramos, etc. *Ave María*.

## I.

4. El amor y el dolor ¿no es cierto que andan juntos por natural simpatía, ó, más bien, por lógica inflexible? Si no por relación necesaria, á lo menos por nuestra presente condición de viadores, el amor, aunque es fuente de goces exquisitos de inefable dulce-

<sup>1</sup> In Orat. festi.

<sup>2</sup> S. Franc. Sal., Trat. del amor de Dios.

dumbre para el corazón, es también semillero de espinas que punzan y sangran cruelmente ese mismo corazón. Dígalo, para no invocar profanos testimonios de amor de criaturas, esa alma santamente enamorada del Bien Sumo, la cual, si por un momento, embriagada de deleites celestiales, exclama: «¡Dios mío! ¡he aquí todas mis cosas! ¿Qué otro quiero, ni qué mayor felicidad puedo desear? ¡Oh palabra sabrosa y dulcísima para el que ama al Verbo, no al mundo ni cuanto en el mundo brilla! *Deus meus et omnia!*»<sup>1</sup>; al siguiente instante vese precisada á exhalar esta queja en el seno del Amado: «¡Oh! ¡cuándo llegará la hora feliz que tanto anhelo, en que me hartes con tu presencia, y de veras seas para mí todo en todas las cosas! Mientras esto no se me dé, mi gozo no podrá ser completo. ¡Ay dolor! que todavía vive en mí el hombre viejo, no está del todo crucificado, no está del todo muerto. El reino del espíritu no está pacificado enteramente.»<sup>2</sup> He aquí al dolor brotando de la raíz misma del amor.

5. Y así tiene que ser, durante el presente destierro. Porque, donde nada puede haber cumplido, tampoco ha de serlo el amor, por más que sea divino y sobrenatural; y, no siéndolo, el gozo que produce ha de ir mezclado de amargura, como lo experimenta el alma conocedora de sí misma. ¿Qué diré del dardo agudísimo, acerado por la llama misma del amor, que consiste en no poder amar bastante á Aquel cuya amabilidad infinita descubre el alma con suficiente claridad para angustiarse de verse tan tibia y tan mezquina? ¡Ay de mí! gime el alma, cual paloma cautiva á quien

<sup>1</sup> De imit. Christi lib. III, cap. 39.

<sup>2</sup> Ibid.

cortaron las alas; ¡ay de mí, que quisiera volar muy alto, muy alto, y me faltan las alas, me empecen los sentidos embargados con el peso de las cosas terrenas! «¿Quién me dará alas como de paloma — decía el Profeta; — *volaré y descansaré* en mi Amado?»<sup>1</sup> Gime el alma enamorada al verse esclava de este cuerpo, como encerrada en cárcel de barro, y suspira con el Apóstol: ¿Quién me libertará de este cuerpo mortal?<sup>2</sup> Por esto lucha el verdadero amador de Cristo con el mundo y las pasiones; por esto se desembaraza cuanto puede de todo lo terreno, y quisiera deshacerse hasta de sí mismo en completa pobreza, no sólo de espíritu, sino de todas las cosas materiales; por esto, en fin, se reduce á vivir, habitante de la tierra, cual morador anticipado del cielo, en espíritu, no en carne<sup>3</sup>.

6. He aquí lo que de una manera extraordinaria se verifica en el bienaventurado Francisco, en el Serafín humanado de Asís. Llamado por Dios en la flor misma de la juventud á lo más alto y encumbrado de la perfección evangélica, sintió desde luego arder en su noble y generoso pecho la dulce llama del amor divino. La caridad de Dios que se difunde en el corazón por el Espíritu Santo<sup>4</sup>, es el carácter distintivo del gran fundador de la Orden de Menores. Bien pronto, y á la luz del Evangelio, conoció la vanidad de los terrenos bienes; y ni las riquezas que la profesión del comercio le brindaba, ni los pasatiempos juveniles, ni los placeres con que le halagaba el mundo, pudieron dar hartura á un espíritu sediento de goces infinitos. Al verse despojado por su mismo padre carnal y codicioso, de todo lo que

<sup>1</sup> Ps. 54, 7.

<sup>2</sup> Rom. 7, 24.

<sup>3</sup> Ibid. 8, 9.

<sup>4</sup> Ibid. 5, 5.

en herencia le pertenecía, exclama rebosando de júbilo: «¡Oh Padre celestial, en Tí he puesto todos mis tesoros y toda mi esperanza!»<sup>1</sup> Desde entonces su exclamación favorita, la que repetía noches enteras absorto y bañado en lágrimas, no fué otra sino ésta: *Deus meus et omnia*: ¡Dios mío! ¡he aquí mi todo....! Mas, aunque su espíritu, desatado ya de los lazos del mundo y de la carne, entonase en medio de las soledades el cántico del amor, el himno de la santa y pura libertad, la obra de la perfección no podía llegar á su cima sino á costa de constante batallar contra las miserables inclinaciones de una naturaleza de barro y corrompida en su germen. Francisco, aunque serafín, era hombre<sup>2</sup>, y no podía dejar de suspirar con el grande Apóstol: *Infelix homo! quis me liberabit de corpore mortis huius!*<sup>3</sup> Su misma sensibilidad meridional y exquisita, su alma templada al calor de la poesía, su corazón caballeroso y lleno de delicados sentimientos, prendas eran que, si en el mundo le hubieran abierto carreras de felicidad y fuentes de ventura, en el estado de la abnegación cristiana le daban abundante ocasión y materia de heroicos vencimientos y gigantescas luchas. ¿Poco os parece que le costaría al rico mancebo de Asís el despojarse hasta del vestido propio de su condición delante del tribunal eclesiástico, adonde le condujera su padre, quedando reducido á tal desnudez que el propio obispo hubo de cubrirle con su capa? ¿poco, el vivir una vida de mendigo, pidiendo un mendrugo de pan á la puerta de los monasterios y una despreciable túnica con que cubrir su

<sup>1</sup> Vita S. Franc.

<sup>2</sup> San Franc. de Asís, por *Emilia Pardo Bazán*, lib. 1, cap. 6.

<sup>3</sup> Rom. 7, 24.

desnudez? Y ¿qué diréis, cristianos, del cáliz de los desprecios que Francisco apura con santa avidez hasta saciarse, ó, mejor dicho, sin quedar nunca satisfecho? ¿qué, de los golpes y bárbaros tratamientos que recibe, ya de su padre desatentado y ciego de furor, ya de los ladrones, ya de toda clase de villanos y malandrines? ¿Qué no sentiría su noble corazón al verse insultado y escarnecido por el vil populacho de su ciudad natal como mísero insensato, silbado y escupido como loco en la plaza pública de Asís? ¡Ah! no os alucine su portentosa serenidad de espíritu en medio de la algazara y el escarnio, imaginándoos que es un ser insensible el que sufre aquellos golpes é irrisiones, como si no tuviera que hacerse terrible y reiterada violencia. De igual suerte debemos discurrir cuando le vemos, á raíz de su conversión, desahogando el fuego que le consume en la asistencia á los más asquerosos enfermos, á las víctimas de aquella horrible lepra de la edad media, más espantosa aún que la que azota hoy mismo á nuestra sociedad. Veis ahí el dolor junto al amor: veis ahí el martirio ó los martirios sin cuento que impone á Francisco su ardorosa caridad. Desposado se ha con la virgen de sus amores la Pobreza; y no hay duda que el deleite que experimenta en tan celestial desposorio, excede con mucho á cuanto hay de deleitoso en las bodas de este mundo. Pero ¡ay! que no rosas sino espinas, no placeres sino acerbísimos dolores le proporcionará de ahí en adelante hasta el sepulcro su querida esposa, pues con ella habitan en donde quiera el dolor y los desprecios. Es la Pobreza en un célebre cuadro del gran Giotto, doncella de beldad celestial, mas sus galas nupciales son harapos; á sus pies no se tiende tapiz de seda, sino guijarros, abrojos

y zarzales. Un avieso can abre sus fauces para ladrar contra la esposa; dos niños despiadados le arrojan imprecaciones y piedras: mas Francisco le ciñe al dedo el anillo nupcial. ¡He ahí otra vez el misterio del doloroso amor que abre cruentas llagas, antes que en el cuerpo, en el corazón de Francisco!

7. Porque Francisco no ha de obtener la palma del martirio al rudo golpe del alfanje mahometano, por más que lo desee y eficazmente lo procure. En vano, ardiendo en deseos de predicar á Jesucristo y dar sangre y vida en testimonio de su fe, parte á Siria con la venia del Sumo Pontífice, y más tarde, frustrada su primera tentativa, vuelve á hacerse á la vela con doce compañeros hacia Tolemaida, llega á presencia del Sultán de Egipto y predica sin temor la fe cristiana, provocando al tirano á convertirse ó á darle la muerte en los tormentos. Su anhelo no se verá cumplido, porque está escrito en el libro de la Providencia que Francisco habrá de ser sacrificado en las aras del amor extático, no en las hogueras del verdugo. De vuelta á Europa le aguarda otra prueba no menos terrible para las almas contemplativas, la que los místicos llaman *desolación interior*. Estado de aridez y obscuridad en el espíritu, de que no están libres los mayores santos, es un tormento de que no puede formarse sino imperfecta idea quien no haya probado por experiencia propia las dulzuras de la comunicación íntima con Dios, las delicias inefables de la divina consolación. Francisco, para quien todas las criaturas eran otros tantos pregoneros de la bondad del Señor; Francisco, acostumbrado desde Santa María de los Ángeles á embriagarse en los goces del espíritu, ¡qué dolor no sentiría al verse privado, y, no por breve tiempo, sino por largos meses,

de aquellas dulzuras sensibles de la devoción que, rebotando de la parte superior del alma, inundan las potencias inferiores! ¿Qué prueba más dolorosa para un alma de fuego como la suya, que aquella insuperable sequedad, aquel desmayo y desamparo universal que le hace hallar tedio y cansancio en su ejercicio favorito, la oración? Y, sin duda, se agravaron sus dolores internos con tantos otros motivos de pesar, que, como agudos dardos, labra para los santos la humana ingratitud, y aun la debilidad y las pasiones, opuestas casi siempre á la ejecución de los planes de los varones de Dios. ¡Cuántos desabrimientos no amargaron el corazón del santo Patriarca empeñado en realizar en todas partes su idea capital de la pobreza evangélica, y llevar por este camino á todos sus hijos á la más alta cima de la perfección!

8. Mas, ya próximo á consumir su martirio espiritual en el famoso pico de los Apeninos, desvaneci6se el nublado, calm6 la tempestad y, á medida de la grandeza del desconsuelo, fué la sobreabundancia de soberanos goces que inundaron su alma, pudiendo decir nuestro Santo con el Salmista: *Secundum multitudinem dolorum meorum, in corde meo consolationes tuæ lætificaverunt animam meam*<sup>1</sup>. La soledad de la santa montaña, tan adecuada, como él mismo lo reconoció, para el retiro y total apartamiento de que gusta la contemplación; la agreste amenidad y hasta la majestuosa grandiosidad de aquellos riscos inaccesibles, desnudos peñascos y hondos precipicios, todo contribuía á dilatar el ardiente corazón del contemplativo santo, engolfándolo en un mar de delicias sobrenaturales, de

<sup>1</sup> Ps. 93, 19.

aquellas que «no caben naturalmente en la estrecha capacidad de humano pecho», según el Ap6stol<sup>1</sup>. Aquí fueron los éxtasis, no diré frecuentes, sino continuos durante aquella Cuaresma de San Miguel Arcángel, las apariciones del Salvador, las visiones, los prodigios multiplicados á cada momento, ese cielo anticipado que se da á gozar á las almas heroicas, verdaderamente muertas á la vida de los sentidos, y abismadas en el seno del Señor. ¡Ah! ¡pero á costa de cuánta abnegación, asperezas espantosas, ayunos y vigiliás! Una pequeña ermita construída de ramas al pie de un árbol frondoso era todo su albergue de día y de noche; un poco de pan y agua era todo su alimento. Empero, muerto á la sensualidad, no le eran tormento las más duras privaciones; éranlo sí los afectos que dentro del corazón le despedazaban, eran las brasas del amor de Cristo que le quemaban toda el alma. Sí, amados oyentes, la Pasión de Cristo era su atormentador y verdugo: el ver que Jesús padecía y moría en la cruz, y él vivía aún y no exhalaba su vida en otra cruz, era lo que le hacía exclamar en santo arrobamiento, abrazando los pies del Crucifijo: «¿Por qué estás tú en la cruz, y no yo?» Y repetía con San Pablo: *Absit mihi gloriari nisi in cruce Domini nostri Iesu Christi*<sup>2</sup>. «Su enajenamiento llegó á tanto, que ni le bastaban los ojos para las lágrimas, ni le cabían en la boca las quejas, ni en el corazón los suspiros.»<sup>3</sup> En suma, preparado ya con dieciocho años de abnegación de sí mismo, abrazado con la cruz, y derretido todo en anhelos de sentir en carne y espíritu los dolores de la

<sup>1</sup> I Cor. 2, 9.      <sup>2</sup> Gal. 6, 14.

<sup>3</sup> Pardo Bazán l. c. lib. I, cap. 7.

divina víctima, iba á ser admitido *en la bodega de los vinos* del Esposo de sangre, iba á beber sin medida el cáliz de la Pasión del Salvador.

## II.

9. Llegábase la hora de uno de los más grandes prodigios que registra la maravillosa historia de los santos. Iba Jesucristo á renovar su pasión sacratísima en el alma y en el cuerpo de su siervo, así por la compasión del amor, como por la impresión material de sus Llagas sacrosantas. Tal favor, nunca antes concedido á ningún mortal, no pudo menos de ser revelado por Dios al bendito Patriarca, á fin de que, cooperando del modo más perfecto con la gracia del Espíritu Santo, se hiciese capaz de recibirlo. Así fué que, llegado Francisco á las alturas del nuevo Sinaí, del monte Alvernia, marcado en la abertura de sus grietas con el sello de la Pasión de Cristo, recogióse más profundamente dentro de sí mismo, encerrándose en su estrecha celda, para darse todo á la contemplación del soberano misterio de la redención humana. Y, si habitualmente se elevaba en éxtasis y salía fuera de sí por la violencia del amor, ¿qué sería en aquellos momentos en que se aproximaba el portento de la estigmatización! Era la víspera de la exaltación de la santa Cruz; y he aquí que, estando Francisco en oración, aparecióle un ángel que le dijo: «Yo te conforto y te amonesto para que te apercibas á recibir humildemente lo que Dios se digne darte»<sup>1</sup>; á lo que respondió el humilde siervo del Señor: «Dispuesto estoy para sufrir pacientemente todas las cosas que mi Señor quiera hacerme.» Oíd ahora la súplica

<sup>1</sup> Florecitas de San Franc. cap. 53.

que hacía el Santo antes de rayar el alba de aquel día memorable en que recibió la impresión de las sagradas Llagas: «Señor mío Jesucristo, concédeme la gracia de sentir en el alma y en el cuerpo, en cuanto posible sea, los dolores que Tú, mi dulcísimo Señor, sufriste en la hora de tu acerba pasión; y que sienta además de eso en mi corazón, en cuanto sea posible, aquel excesivo amor con que Tú, Hijo de Dios, fuiste llevado á padecer voluntariamente tan acerba pasión por nosotros pecadores.»<sup>1</sup> ¿No os parece, hermanos míos, que Dios mismo le ponía en el corazón y en los labios la merced que se dignaba otorgarle? Seguro ya Francisco de que Dios iba á escuchar sus ruegos, transformándole en viva imagen del Crucificado, sintió que, en el calor de la contemplación, crecía tanto su fervor y su ternura, que verdaderamente estaba como identificado con Jesús por la vehemencia del amor y de la compasión. Entonces fué cuando vió venir del cielo al Serafín de alas inflamadas y resplandecientes, en el cual, puesto ya cerca de sí, pudo reconocer la figura de su Dios crucificado. ¿Cuáles serían en esa hora sus afectos? Asombro, alegría inefable, admiración, amor y dolor: todo á un tiempo. Sentía grandísima alegría viendo el gracioso aspecto de Cristo, que tan familiar y dulcemente se le comunicaba; pero al propio tiempo traspasábale el corazón la vista de aquel Niño crucificado<sup>2</sup>. Pero ¿qué significaban, pensaba dentro de sí, cosas tan incompatibles entre sí, como el dolor y la impasibilidad del espíritu seráfico, juntas en aquella insólita visión? La explicación que le fué revelada, no le dejó duda de que, no ya por martirio corporal, sino por incendio

<sup>1</sup> Florecitas de San Franc. cap. cit.

<sup>2</sup> Ibid.

mental, debía ser él mismo transfigurado en la semejanza de Cristo, debía ser mártir del amor doloroso. Vióse entonces en todo el monte Alvernia arder una llama esplendísimas que iluminaba el contorno, como si el sol, todavía perezoso para salir, hubiese descendido ya á la tierra. Y ¿no era así que otro sol más resplandeciente, Cristo Jesús, había bajado á iluminar el alma y cuerpo de su siervo, transformándole en su viva imagen por las llagas de pies, manos y costado?

10. ¿Cuáles pensáis que fueron de ahí en adelante hasta su dichoso tránsito, los incendios de amor que abararon al llagado Serafín; y cuáles, las avenidas de dolor que inundaron juntamente su espíritu y su cuerpo? ¡Ah! no es dado á lengua humana el referirlos. Bastará recordaros, amadísimos oyentes, que andaba desde entonces Francisco literalmente, como la Esposa de los Cantares, *desmayado de amor*<sup>1</sup>, rogando á las almas piadosas que *lo confortasen con el olor de las místicas flores y de los hermosos frutos* para no desfallecer tan presto. Bastará afirmar que sus dolores corporales, mayormente los causados por las llagas misteriosas de que manaba de continuo fresca y roja sangre, crecieron al grado de no dejarle punto de reposo, crucificándole realmente, de manera que no había porción de su organismo que no estuviese crucificada de padecimientos<sup>2</sup>. Era un cadáver ambulante, *muerto antes de morir*, según el célebre epitafio de San Francisco dictado por Gregorio IX, aquel varón escogido para ser copia fiel del «Varón de dolores». Su vida durante los dos años que sobrevivió á la maravillosa visión del Serafín, fué,

<sup>1</sup> Cant. 2, 5.

<sup>2</sup> *Pardo Bazán* l. c. cap. 8.

más bien que vida, una agonía penosísima que no había de coronar la muerte sino con largo exceso de dolores, con tormentos semejantes á los de Cristo en el Calvario. Sus postreros días recrudecieron con tal violencia los dolores del santo, que, salva la divina voluntad, aseguró él mismo que preferiría cualquier linaje de suplicio á aquellos últimos tres días de mortal angustia. Y, en medio de terrible martirio, sale victorioso el amor, expirando el santo, más bien á impulsos de la caridad, que al golpe de la muerte, la cual pareció no osaba acercársele sino á su llamamiento y respetuosamente. Muere Francisco entonando el cántico de amor: *Voce mea*<sup>1</sup>.

11. Y nosotros, carísimos hermanos, ¿permaneceremos indiferentes á la caridad de Jesucristo, crucificado y muerto por nuestra salvación? Y ¿no bastará este nuevo prodigio de la renovación de sus sagradas Llagas para inflamar en incendios de amor nuestros fríos corazones? ¡Ah, no! cristianos. Abládense y derrítanse nuestros duros pechos al suave calor de Jesús crucificado; y, en prueba de la sinceridad de nuestro afecto, llevemos constantemente estampada su cruz, tanto en el alma, como en los sentidos por el espíritu de cristiana mortificación. Entonces podremos decir con el Apóstol y con el bienaventurado Francisco: *Nada podrá dañarme, pues llevo en mi cuerpo las llagas del Señor Jesús*<sup>2</sup>. Así sea.

<sup>1</sup> Ps. 141.

<sup>2</sup> Gal. 6, 17.